

# **a vueltas con la posmodernidad (y II): la teología ante los desafíos de la sensibilidad posmoderna**

A. Jiménez Ortiz

Tras el estudio de las características de la llamada posmodernidad<sup>1</sup>, queremos ofrecer ahora la respuesta de la teología a los desafíos que plantea esta nueva sensibilidad que se va expandiendo en nuestro entorno sociocultural. La situación actual obliga al creyente a tomar conciencia de la originalidad de la fe y de la vulnerabilidad de su experiencia cristiana, sometida a riesgos y cuestionamientos, pero que, al mismo tiempo, debe estar siempre disponible al encuentro y al diálogo.

## **LA "RESPONSABILIDAD" DE LA TEOLOGIA Y SU CARACTER DIALOGICO**

La teología, como reflexión crítica del creyente sobre la fe, es una tarea responsable, como compromiso vital de un ser humano que quiere rendir cuentas de la experiencia nuclear que estructura su propia persona y su historia: responsable de cara a la comunidad eclesial, de quien el teólogo ha recibido la fe y en cuyo nombre reflexiona científicamente; responsable frente a su propia cultura en cuyo seno vive ya de la salvación de Cristo,

---

<sup>1</sup>Cf. el artículo de A. JIMENEZ ORTIZ, *A vueltas con la posmodernidad (I): los rasgos de la sensibilidad posmoderna*: Proyección 36 (1989) 395-411.

que desea proponer como alternativa definitiva a los hombres de su tiempo, dando respuesta a sus inquietudes y preguntas, buscando con ellos las soluciones a los problemas planteados en cada momento histórico. Por esto la "responsabilidad" de la teología es una forma decisiva de realizar su misión como servicio a la revelación, al hombre, a la Iglesia, al pasado, al presente y al futuro de la fe. Esta "responsabilidad" de la teología debe impulsar al teólogo a colaborar leal y críticamente en los complejos procesos de búsqueda de sentido y de transformación de la realidad, que tienen lugar en nuestra sociedad, como participante activo que vive, sufre y lucha en los avatares de toda búsqueda humana. Y en el contexto actual la teología debe ofrecer su aportación creando canales adecuados de comunicación que posibiliten el acceso del hombre a la experiencia cristiana, con un esfuerzo constante de interpretación del propio mensaje y de la situación cultural.

Y para eso los teólogos han de actuar a modo de "antenas" que capten sensiblemente la mentalidad del mundo de hoy para permitirle a la Iglesia conectar con las ansias del hombre contemporáneo, a quien desea hacerle la oferta salvadora de la revelación cristiana:

"Por eso, en los tiempos nuevos y difíciles que estamos viendo, los teólogos de aquella época siguen siendo maestros para vosotros, en orden a lograr una renovación, tan creativa como fiel, que responda a las directrices del Vaticano II, a las exigencias de la cultura moderna y a los problemas más profundos de la humanidad actual"<sup>2</sup>.

Ya hace algunos años Karl Rahner<sup>3</sup> afirmaba que el diálogo es hoy nuestro destino en el horizonte de un mundo pluralista, un destino del que no podemos ni debemos huir. Dicho con palabras de Heinrich Fries:

"Nosotros, como hombres y como cristianos, dependemos del diálogo, y llegamos al 'logos' a través del 'diálogo'."<sup>4</sup>

La teología actual se concibe como teología dialógica que, desde la fidelidad creativa a la revelación y a la fe, entiende su misión como un encuentro con el hombre de hoy: en él se ofrece al creyente el servicio de una reflexión crítica y clarificadora sobre la fe, que le lleve a un compromiso real y a una

---

<sup>2</sup>Juan Pablo II, *Discurso a los teólogos en Salamanca* (1-XI-1982).

<sup>3</sup>Cf. K. RAHNER, *Über den Dialog in der pluralistischen Gesellschaft*: Stimmen der Zeit 176 (1965) 324-325.

<sup>4</sup>H. FRIES, *Das Gespräch mit den evangelischen Christen*, Stuttgart 1961, p. 157.

experiencia profunda de la salvación cristiana; y al no creyente se le presenta el mensaje evangélico como luz, como verdad, como futuro definitivo.

Esta actitud dialógica sólo es viable si se renuncia a la imposición y a la astucia, si se actúa con honestidad vital e intelectual, abandonando prejuicios y caricaturas, manteniéndose abierto a las aportaciones de los demás y a las posibles sorpresas. Pero el diálogo no puede convertirse en un "dialogismo" que se complace en el juego de las contradicciones y de una dialéctica sin fin, confundiendo el medio con la meta, que es el hallazgo de la verdad. Pero tampoco es posible dialogar cuando los interlocutores se atrincheran en sus respectivas posiciones, intentando imponer sus criterios con un desprecio absoluto a los puntos de vista del interlocutor. Dialogar es ponerse en camino por la historia, siendo conscientes de los desplazamientos culturales y de los condicionamientos sociales que influyen en la búsqueda de la verdad<sup>5</sup>. Por eso resulta imprescindible unir al diálogo una actitud sincera de solidaridad, que facilite la comprensión del otro y que se traduzca en un compromiso concreto por la superación de las injusticias, angustias e inquietudes, sobre todo de los más desfavorecidos de nuestra sociedad<sup>6</sup>.

Al mismo tiempo la teología debe ser consciente de su propia originalidad, evitando una adecuación a la sensibilidad actual que se hiciera de forma precipitada y falta de capacidad crítica y que pudiera conducir a una mutilación del contenido de la fe. Pero esto no puede traducirse en una arrogancia ciega a las diferencias y matices que enriquecen la realidad humana. El diálogo sólo es fructífero cuando se afronta con una actitud de humilde realismo, sostenido por la convicción de que la verdad es un misterio luminoso que no se deja ni sobornar ni invadir, sino que solamente es accesible a aquél que se "descalza" de sus seguridades y que busca con honestidad.

La teología fundamental plasma el carácter dialógico de la teología de una forma muy específica: a través de su dimensión misionera y apologética. Según H. Fries la teología fundamental como teología misionera quiere conducir al hombre hacia la revelación, fuera de cuyo ámbito vive, y crearle las condiciones favorables para decidirse ante ella. Para lograrlo ha de analizar

---

<sup>5</sup>Cf. K. LÜTHI, *Theologie als Dialog mit der Welt von heute* (Quaestiones Disputatae 53), Freiburg - Basel - Wien 1971, pp. 20-26; 32-34; L. SWIDLER, *Der Dialog - Dekalog. Grundregeln für den interreligiösen und interideologischen Dialog: Stimmen der Zeit* 202 (1984) 715-718.

<sup>6</sup>Cf. H. WALDENFELS, *Kontextuelle Fundamentaltheologie*, Paderborn - München - Wien - Zürich 1985, p. 79.

sus ansias y dificultades y confrontar todo esto con los argumentos y motivos que hacen de la revelación de Dios en Cristo algo digno de ser creído y aceptado por el hombre, que descubre en ella la respuesta a sus interrogantes. Con una voluntad honrada de comunicación y encuentro, la teología fundamental quiere ponerse en la situación del hombre que pregunta y busca. Y planteándole nuevas cuestiones procura superar los límites y fronteras que él mismo, quizá precipitadamente, se ha trazado, para ofrecerle la revelación como total descubrimiento y realización de su persona<sup>7</sup>. En la teología fundamental, entendida como teología misionera, se cumplen las palabras de 1 Pe 3, 15-16: el fundamento de la esperanza ha de exponerse y descubrirse de forma que el que pregunta por ella se vea movido y ganado por dicha esperanza y lo que ella encierra<sup>8</sup>.

Pero la teología fundamental debe también estar dispuesta a responder a los ataques y desfiguraciones que “desde fuera” se hagan a la revelación y a la fe: defensa como respuesta, que procura descubrir y criticar los presupuestos del contrario, presentando al mismo tiempo una imagen convincente de la revelación y de su legitimidad<sup>9</sup>. Ya que, como dice J. B. Metz, la universalidad a la que aspira la fe cristiana sólo puede alcanzarse por el camino de la respuesta del creyente a todo el que le pregunte por el fundamento de su esperanza<sup>10</sup>. Max Seckler ha destacado también muy especialmente en la función apologética (que prefiere designar como “teología apologética”) esta “responsabilidad” en su mediación del *logos* cristiano: mediación en forma de *respuesta* y mediación ofrecida *responsablemente*, sin olvidar la confrontación polémica con los cuestionamientos, que, de una u otra forma, se plantean al cristianismo. Al mismo tiempo subraya que la teología apologética es una disciplina de frontera, que intenta una mediación que sea capaz de servir de puente sobre los límites que separan los diversos ámbitos culturales, corriendo responsablemente el riesgo de introducirse de forma sistemática en los diversos frentes de la conciencia histórica, para transmitir la verdad cristiana con un espíritu de cercanía y de solidaridad crítica<sup>11</sup>.

---

<sup>7</sup>Cf. H. FRIES, *Die Kirche als Anwalt des Menschen*, Stuttgart 1954, pp. 20; 38-39; *Teología Fundamental*, en: *Sacramentum Mundi* 6, pp. 596-597.

<sup>8</sup>Cf. H. FRIES, *Teología Fundamental*, p. 597.

<sup>9</sup>Cf. *Ibid.*, pp. 597-598.

<sup>10</sup>Cf. J. B. METZ, *Apologética*, en: *Sacramentum Mundi* 1, p. 363.

<sup>11</sup>Cf. M. SECKLER, *Fundamentaltheologie: Aufgaben und Aufbau, Begriff und Namen*, en: W. KERN - H. J. POTTMEYER - M. SECKLER (Hrsg.), *Handbuch der Fundamentaltheologie 4: Traktat Theologische Erkenntnislehre. Schlussenteil: Reflexion auf Fundamentaltheologie*, Freiburg - Basel - Wien 1988, pp. 495-501.

Desde el Vaticano II la disposición sincera al diálogo define la actitud de la Iglesia frente al mundo y, sobre todo, frente a los no creyentes: actitud que está sostenida por una conciencia viva de la misión evangelizadora que debe realizar la comunidad eclesial en todo contexto cultural. Esto supone que la teología que dialoga con la increencia sobre temas importantes para el hombre y la sociedad no debe renunciar a la explicitación, adecuada a las circunstancias, de la verdad cristiana<sup>12</sup>. El hombre realizado en plenitud, que pretende toda cultura, es lo que ofrece la fe: pero para el creyente esa plenitud tiene ya un nombre propio, Jesucristo<sup>13</sup>. El diálogo no significa renunciar a las propias convicciones, sino el intentar comprenderse mediante el encuentro de los respectivos "horizontes". Si se perdiera la propia originalidad creyente o ésta se disolviera en un falso irenismo, el diálogo de la teología con la cultura de la increencia quedaría vaciado de contenido<sup>14</sup>.

Con la actitud aquí descrita hemos intentado enfrentarnos a los desafíos que la sensibilidad posmoderna plantea a la fe cristiana y a la teología.

## DESAFIOS DE LA POSMODERNIDAD A LA TEOLOGIA

### 1. La reflexión sobre Dios y la sensibilidad posmoderna

Desde la teología cristiana no se puede compartir el escepticismo ante la razón ni la postura radicalmente antimetafísica del pensamiento posmoderno. Pero su afán de deconstrucción puede abrirnos los ojos sobre la debilidad de nuestros andamiajes teóricos, cuando intentan expresar el misterio de Dios. La teología occidental, sin dejar de ser reflexión *creyente* sobre el *logos* cristiano, ha de prestar quizá más atención a la experiencia apofática de la realidad trascendente y ser consciente de la provisionalidad y limitaciones de todas sus concepciones. Todo hablar sobre Dios es inadecuado, y esto implica la necesidad de una pluralidad de teologías, que desde distintos horizontes de comprensión intenten siempre de nuevo la misión interminable de iluminar la Verdad definitiva.

---

<sup>12</sup>Cf. A. GONZALEZ-MONTES, *La increencia en España, reto a la fe y al testimonio común de los cristianos*: Diálogo Ecueménico 21 (1986) 166-167; 168; J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Fe y cultura en la actual sociedad española*: Educadores 30 (1988) 25.

<sup>13</sup>Cf. MARTIN GELABERT, *Tareas de la teología ante la cultura contemporánea*, en *Confrontación de la Teología y la Cultura. Actas del III Simposio de Teología Histórica (7-9 mayo 1984)*, Valencia 1984, p. 7.

<sup>14</sup>Cf. P. NEUNER, *Dialog als Methode der Ökumene*, en: J. ROHLS - G. WENZ (Hrsg.), *Vernunft des Glaubens. Wissenschaftliche Theologie und kirchliche Lehre. Festschrift zum 60. Geburtstag von Wolfhart Pannenberg*, Göttingen 1988, p. 686; M. GELABERT, *Experiencia humana y comunicación de la fe*, Madrid 1983, pp. 104-106.

El pensamiento fragmentario y frutivo de la posmodernidad debe ayudarnos a subrayar con decisión el papel de la experiencia en la reflexión y en la práctica de la fe cristiana, sin entrar en el callejón sin salida de un irracionalismo escapista, pero haciendo valer la importancia de la dimensión mística en la vida del creyente y en la actividad teológica, dentro del horizonte hermenéutico de la experiencia cristiana global.

En la situación actual, pluralista y desconcertante, la teología debe tener especialmente presente su carácter peregrinante: sin mediación cultural no es posible el anuncio del mensaje evangélico, pero éste no puede quedar aprisionado en las categorías de una época determinada. La fe cristiana, con su crítica constante de los "ídolos" y de las "seguridades" humanas, mantiene al creyente en una actitud continua de éxodo, que posibilita el diálogo con cualquier interlocutor, pero que al mismo tiempo no se deja paralizar ni por los mitos de la modernidad ni por los desencantos ni liquidaciones de la posmodernidad, aunque sí debe dejarse interpelar creativamente por sus desafíos e intuiciones. En solidaridad con los hombres, sobre todo con los marginados y oprimidos de toda la historia, la teología debe realizar responsablemente la tarea de interpretar, articular y comunicar la experiencia de la salvación del Dios de Jesucristo<sup>15</sup>.

## 2. El cristianismo como "gran relato"

El pensamiento posmoderno somete, indirectamente, a la escatología cristiana a una crítica radical. Si el proyecto emancipador de la ilustración con su propuesta de "salvación" intrahistórica es objeto de sospecha y de incredulidad, el aspecto trascendente de la soteriología cristiana resulta totalmente inaceptable para la sensibilidad posmoderna.

Nuestra respuesta debe ofrecerse en una doble dirección. En primer lugar, con una crítica decidida de la absolutización del presente y de la pérdida del sentido histórico de la posmodernidad, que corre el peligro de irrelevancia cultural y de ser apresado definitivamente por las tendencias neoconservadoras. Y por otro lado haciendo ver la razonabilidad del planteamiento cristiano: la "frucción de la vida", que propugna el pensamiento posmoderno, puede satisfacer verdaderamente al hombre, cuando se vive también como símbolo de una Realidad que, algún día, pueda calmar la sed infinita del corazón humano en el mismo "hontanar de la Vida".

---

<sup>15</sup>Para este punto me he inspirado en la rica reflexión de J. M. MARDONES, *Postmodernidad y cristianismo. El desafío del fragmento*, Santander 1988, pp. 99-119.

El escepticismo radical, la renuncia al fundamento, la inestabilidad, asumida vital y definitivamente... pueden tener el atractivo de una aventura existencial ilusoriamente abierta, pero en el fondo suelen ser síntomas de la impotencia, involuntaria o querida, de profundizar en los estratos de sentido, que esconde la misma realidad finita y que señalan hacia un Misterio luminoso, que, según la fe cristiana, se ha revelado en la vida, muerte y resurrección de Jesús, el Cristo.

El deficientemente formulado "carácter absoluto del cristianismo" debe revelar su auténtica verdad salvadora, siendo articulado y transmitido de forma positiva a través de experiencias de sentido que iluminen la vida concreta de los hombres. La única forma de evitar el rechazo del "gran relato de la salvación cristiana" es encarnarlo en la realidad cotidiana en "pequeños relatos" de servicio, de liberación, de gozo compartido... , porque "creíble es solamente el amor".

### **3. El reto del pluralismo y de la diferencia**

En Occidente el pluralismo ideológico se ha convertido en un dato ineludible. Pero este pluralismo no puede ser entendido sin el encuentro con otros horizontes de sentido, que se entrelazan ya con el nuestro, cuestionándolo y enriqueciéndolo. El pensamiento posmoderno nos ha hecho conscientes de esta realidad y de sus ambiguas consecuencias. La teología occidental, olvidando el "imperialismo cultural" de otros tiempos, debe abrirse a la riqueza y a la crítica de otras visiones creyentes y no creyentes, aceptando las "diferencias", como estímulos que alientan a la reflexión y contemplación del misterio de Dios, con la conciencia clara de la provisionalidad de toda elaboración teológica.

Esto haría a la teología católica más ecuménica y dialógica, y además más sensible a las preocupaciones y problemas de las minorías sociales, sobre todo, a la situación angustiada de esa inmensa "minoría" que representa el Tercer Mundo, extenuado y empobrecido en gran parte por la política económica de las sociedades modernas-posmodernas del capitalismo y del comunismo.

En este contexto la sensibilidad posmoderna aparece en toda su incoherencia: a su conciencia del pluralismo y de la diferencia no responde con el necesario compromiso para transformar las estructuras injustas a todos los

niveles. Su desencanto frente al proyecto fallido de la ilustración parece funcionar como una excusa inconsciente para encerrarse en el individualismo, en el hedonismo, en el narcisismo.

#### **4. La cuestión ética**

La posmodernidad, a su modo, ha hecho del problema de la ética una cuestión candente en la discusión social e intelectual del momento. Pero el rechazo de todo fundamento ontológico, la pluralidad inabarcable de lógicas y de discursos... conducen a la proliferación de "microéticas", que no pueden sostener consensos sociales globales. Creemos que en este punto la crítica de la Escuela de Frankfurt contra el pensamiento posmoderno está totalmente justificada: sin la fuerza creadora de la razón comunicativa, que supere el "localismo" posmoderno, no es posible la superación de una sociedad injusta y deshumanizante.

La teología, en este tema concreto, debe valorar adecuadamente la fundamentación racional de la moral cristiana en el marco de la experiencia de fe, de forma que, desde la originalidad creyente, se tienda un puente hacia otras propuestas éticas que buscan caminos humanizantes para el hombre y para la sociedad. La discusión actual sobre la ética puede convertirse en una magnífica ocasión de diálogo con el pensamiento posmoderno. Aunque no se logren convergencias decisivas y aunque el disenso sea frecuente, pueden lograrse consensos parciales sobre cuestiones importantes: sobre la justicia social, sobre la violencia, sobre los límites del poder, sobre las prioridades sociales, sobre la ecología, sobre el reparto justo de los recursos, sobre la paz, sobre las minorías...

La crisis de una ética global es una de las consecuencias más evidentes y desconcertantes del agnosticismo "utópico" de la posmodernidad. Y pienso que es en el problema ético donde se decidirán las líneas claves de la evolución futura de la cultura occidental. La teología cristiana no puede faltar a la cita.

#### **5. El desafío de la vida cotidiana**

La vida cotidiana se ha convertido en el refugio de toda esperanza posmoderna, donde aún es posible seguir creyendo en un "sentido", fragmentario y precario, en medio de la marea de un agnosticismo globalizante y radical.

En realidad todos, creyentes y no creyentes, vivimos bajo la amenaza de perder lo "cotidiano" por la intromisión desmesurada de los poderes

anónimos de la política, de la economía, de la tecnología moderna. La "salvación" de la vida cotidiana ha de ser promovida también por la teología: de hecho es en ella donde se juega el destino del hombre, donde es posible "calmar la sed del sediento y el hambre del hambriento, visitar y consolar al que sufre ..." y descubrir el rostro de Jesús en el rostro desfigurado y doliente de los pobres (cf. Mt 25, 31-46). Por eso la llamada de la posmodernidad a vivir la vida cotidiana debe ser asumida por la teología, consciente además de que el individualismo, el narcisismo, el hedonismo pueden hacer de lo "cotidiano" una auténtica trampa. La teología debe colaborar activamente en el logro de un consenso ético, que vaya más allá del "localismo" posmoderno y que abra la vida cotidiana a la realidad y a la tarea de un mundo ya planetario. Hacer de lo "privado" el nuevo santuario del hombre occidental es abandonar a las fuerzas ciegas de la economía y del mercado el futuro de millones de seres humanos. El pensamiento posmoderno no puede ser insensible a esta posibilidad<sup>1</sup>.

Jesús de Nazaret, el Señor, es la mediación definitiva del misterio de Dios para el hombre. Pero la teología debe descubrir de nuevo, ante la provocación de la posmodernidad, que la vida, en su cotidianidad, es nuestra pequeña mediación que nos sumerge en la mediación fundamental de Cristo. La vida cotidiana es un acontecimiento único: una trama, tejida de experiencias, en las que manifestamos qué somos y qué queremos. Y es ahí donde Dios se hace presente al hombre, y es en esa vida cotidiana donde vivimos en el Espíritu la salvación, caminando con fatiga hacia su plenitud, pero marcados ya por su radical novedad<sup>2</sup>.

## 6. La recuperación del gozo, del humor, del deseo

A la teología cristiana no son extrañas las realidades de lo lúdico e imaginativo, de la alegría y del gozo, del deseo. Pero hay que reconocer que

---

<sup>1</sup>Carlos Díaz opina que la falta de sensibilidad ante la injusticia de gran parte de la joven filosofía española (que ha calificado de posmoderna) se debe a su falta de planteamiento del problema del mal (Cf. *La última filosofía española: una crisis críticamente expuesta*, Madrid 1985, p. 105). J. L. Cebrián en *El tamaño del elefante*, Madrid 1987, p. 38, nos ofrece un matiz interesante sobre el mismo tema: "La actitud de denuncia de estos problemas honra a muchos de esos intelectuales posmodernos. Es la confusión en la respuesta lo que los desacredita." Cf. también sobre la actitud de la posmodernidad ante la injusticia la valoración crítica de J.N. GARCIA NIETO, *El horizonte de la utopía*, en : X. ALEGRE (y otros), *¿Naufragio de utopías? ¿Qué hay que salvar?*, Madrid 1988, pp. 15-16.

<sup>2</sup>Cf. R. TONELLI, *Una espiritualidad para la vida diaria. Propuestas para un proyecto*, Madrid 1987, pp. 52-54.

en ciertas tradiciones de espiritualidad cristiana permanecen aún resabios platónicos y maniqueos, que alimentan la sospecha e incluso el rechazo de los aspectos frutivos de la existencia. Posiblemente el encuentro con la sensibilidad posmoderna ofrezca una oportunidad para recuperar con fuerza la dimensión festiva y gozosa del evangelio y de figuras cristianas como Francisco de Asís o Teresa de Avila, subrayando la importancia decisiva de la experiencia estética y mística, como acceso al misterio insondable de Dios. Pero la teología, en nombre de la complejidad y riqueza del ser humano, no puede admitir proyectos de felicidad que se basen en el consumismo, en el hedonismo, en el individualismo narcisista<sup>3</sup>, como tampoco puede olvidar la realidad insoslayable de la CRUZ, como símbolo del dolor humano y como oferta definitiva de salvación.

Pero la cruz de Jesús es el testimonio del amor a la vida, llevado hasta las últimas consecuencias. Por eso nos la hace redescubrir y reconquistar en la verdad. El sí a la vida cotidiana se ha de celebrar como un don y se ha de asumir responsablemente como un compromiso. El amor a la vida no es el juego egoísta de quien se encierra en el refugio placentero de su privacidad. La vida se posee en la medida en que se corre el riesgo de entregarla. La cruz no oscurece nuestra alegría de vivir, pero coloca el gozo, el humor, el deseo, la fiesta en su justo sitio<sup>4</sup>.

## CONCLUSION

Frente a la sensibilidad posmoderna la teología ha de ser consciente de su propia "responsabilidad" y de su misión de presentar en cada momento histórico la fe como oferta de salvación para todos los hombres, de una forma adecuada y comprensible, sin mutilar el contenido de la revelación cristiana.

Esta misión le exige a la teología una conciencia viva de sus límites y de la necesidad ineludible de encarnación, aceptando al mismo tiempo serenamente la tensión que supone estar en actitud continua de éxodo: ninguna palabra humana podrá expresar definitivamente el misterio luminoso de Dios. En la historia, al servicio de los hombres, desde el seno de la comunidad eclesial, la teología debe asumir coherentemente su carácter de testimonio: testigo de la Verdad, que no posee, testigo, poseído por la Verdad, y, por tanto, abierto humildemente al diálogo, dentro de la Iglesia, con

---

<sup>3</sup>En la misma línea crítica contra el individualismo egoísta del pensamiento posmoderno cf. J. L. CEBRIAN, *El tamaño del elefante*, pp. 36-37; A. FINKIELKRAUT, *La derrota del pensamiento*, Barcelona 1988, p. 127.

<sup>4</sup>Cf. R. TONELLI, *ibid.*, pp. 93-100.

las demás comunidades cristianas, con todos los hombres, que buscan la Verdad.

La pasión de Dios y la pasión por el hombre deben guiar hoy a la teología en este diálogo, arduo y difícil, pero imprescindible. En realidad todos, creyentes y no creyentes, conscientemente o sin saberlo, hemos cruzado el vado de Yabboq, y en la noche luchamos hasta el alba, buscando, de una u otra forma, una bendición (cf. Gn 32, 23-32). Por eso el diálogo debe desembocar en una auténtica solidaridad humana: todos, con el recuerdo de Penuel, vivido o intuido oscuramente en experiencias profundas muy diversas, caminamos, cojeando por la historia, con el anhelo de una salvación definitiva.

**Antonio Jiménez Ortiz**